

2 Samuel 11:26-12:15

Sermón 2 Sam 11:26-12:15 Pent 4, 2013

²⁶ Al oír la mujer de Urías que su marido Urías había muerto, hizo duelo por él. ²⁷ Pasado el luto, envió David por ella, la trajo a su casa y la hizo su mujer; ella le dio a luz un hijo. Pero esto que David había hecho fue desagradable ante los ojos de Jehová.

Natán amonesta a David

¹ Jehová envió a Natán ante David, quien al llegar le dijo:

—Había dos hombres en una ciudad, uno rico y el otro pobre. ² El rico tenía numerosas ovejas y vacas, ³ pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado, bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno igual que una hija. ⁴ Un día llegó un viajero a visitar al hombre rico, y este no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas para dar de comer al caminante que había venido a visitarlo, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para quien había llegado de visita.

⁵ Se encendió el furor de David violentamente contra aquel hombre, y dijo a Natán:

—¡Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo!

⁶ Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber hecho semejante cosa y no mostrar misericordia.

⁷ Entonces dijo Natán a David:

—Tú eres ese hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: “Yo te ungué como rey de Israel y te libré de manos de Saúl, ⁸ te entregué la casa de tu señor y puse en tus brazos a sus mujeres; además te di la casa de Israel y de Judá; y como si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ⁹ ¿Por qué, pues, has tenido en poco la palabra de Jehová, y hecho lo malo delante de sus ojos? A Urías, el heteo, lo mataste a espada y tomaste a su esposa como mujer. Sí, a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. ¹⁰ Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la

espada, por cuanto me menospreciaste y tomaste la mujer de Urías, el heteo, para que fuera tu mujer”.¹¹ Así ha dicho Jehová: “Yo haré que de tu misma casa se alce el mal contra ti. Tomaré a tus mujeres delante de tus ojos y las entregaré a tu prójimo, el cual se acostará con ellas a la luz del sol.”¹² Porque tú lo hiciste en secreto; pero yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol”.

¹³ Entonces dijo David a Natán:

—Pequé contra Jehová.

Natán dijo a David:

—También Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás.

¹⁴ Pero, por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido, ciertamente morirá.

¹⁵ Y Natán se fue a su casa.

David era un hombre conforme al corazón de Dios, el hombre que Dios escogió para reemplazar a Saúl como rey de Israel. Mostró muchas cualidades, desde ser un músico destacado y autor de salmos, hasta ser un luchador hábil, que había logrado matar al gigante filisteo, Goliat. Pero David también era un hombre que tenía una naturaleza pecaminosa. Y cuando se descuidó en su lucha contra el pecado, se cayó en graves y terribles pecados y crímenes. A pesar de su anterior fidelidad, a pesar de las bendiciones que había recibido del Señor, peligraba la salvación de su alma. De persistir en encubrir su pecado, habría perdido su fe, al Espíritu Santo, y sería condenado a la muerte eterna.

Ese es el camino en que David estaba caminando cuando abre nuestro texto. En lugar de ocuparse en las batallas de la nación en la guerra contra los amonitas, había enviado el ejército con Joab, mientras él se quedaba en Jerusalén en su palacio. Paseándose una tarde en la azotea del palacio, miró abajo y vio una mujer atractiva bañándose abajo en el patio de su casa. Sintióse atraído a ella, pregunta quién es, y se le informan

que es la esposa de uno de sus soldados, Urías el heteo. A pesar de ser informado que es la esposa de otro hombre, no se detiene sino manda para que la traigan al palacio, en donde tiene relaciones con ella. Pasado un poco de tiempo, recibe la noticia de ella: “Estoy encinta”. Como su esposo ha estado ausente en la guerra, esto presenta un dilema para David. Para preservar su imagen de hombre piadoso, busca estrategias para encubrir su pecado. Llama a Urías para venir a casa. David supone que irá a su casa para estar con su esposa, de modo que el hijo podría pasar como hijo de Urías. Pero Urías no entra en su casa, a pesar de los intentos repetidos de David de convencerlo a hacerlo. En su desesperación, David decide eliminar a Urías. Envía con él una carta a Joab que le manda poner a Urías en la parte más expuesta de la batalla y retirar las demás tropas, para que Urías sea herido y muera.

Logrado esto, parecía que David iba a salir con lo suyo. Después de una semana de luto por su esposo, David trae a Betsabé, la esposa de Urías, para casarse con ella, dando la impresión de que todo era legítimo. “Al oír la mujer de Urías que su marido Urías había muerto, hizo duelo por él. Pasado el luto, envió David por ella, la trajo a su casa y la hizo su mujer; ella le dio a luz un hijo”.

Así que, por más de un año, David había tratado de encubrir su adulterio. Para hacerlo hasta sacrificó la vida de uno de sus más fieles servidores y varios otros soldados fieles. Claro, el texto sugiere que había algunos que sospechaban y hablaban, pero nadie podía hacer nada. Pero al final del capítulo 11, escuchamos en una línea la verdadera situación. Jehová sí sabía todo lo que había pasado, y no estaba muy contento. “ Pero esto que David había hecho fue desagradable ante los ojos de Jehová”.

Con toda justicia el Señor podría haber abandonado a David a la condenación que mereció. Pero no es lo que hizo. Más bien, envió a su profeta a David para llamarlo al arrepentimiento. “ Jehová envió a Natán ante David”. Más bien que acusar de frente a David, Natán contó una historia que tenía el propósito de hacer a David ver a sí mismo y la gravedad de lo que había hecho. El cuento de Natán fue así. “Había dos hombres en una ciudad, uno rico y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas

y vacas, pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado, bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno igual que una hija. Un día llegó un viajero a visitar al hombre rico, y este no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas para dar de comer al caminante que había venido a visitarlo, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para quien había llegado de visita”.

La historia presenta una grave y escandalosa injusticia. El hombre rico tenía de todo. El pobre no tenía nada. El rico quiso parecer generoso, pero no quería usar nada de sus propios recursos. El hombre pobre había tenido que sacrificar para comprar una sola corderita para ser la mascota de la familia. Ese animal creció con los hijos, comía de la mesa de su dueño y fue tratada como una hija. Pero cuando el rico quiso parecer buen anfitrión para un viajero, robó esa corderita del pobre y la sirvió como cena para el huésped. ¿Quién no se indignaría al escuchar de una atrocidad así? Y es peor porque es un abuso del poder de parte del rico y un acto de opresión contra el pobre.

David no se da por aludido. Más bien, con un agudo sentido de la injusticia de la situación, sentencia al hombre rico como merecedor de la muerte. “Se encendió el furor de David violentamente contra aquel hombre, y dijo a Natán: —¡Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo! Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber hecho semejante cosa y no mostrar misericordia”. Como dijo un comentarista: los seres humanos tienen una conciencia bien desarrollada de la justicia y la injusticia con que no estén ellos personalmente involucrados. De hecho, los hombres muchas veces buscan evadir su propia conciencia, condenando sin misericordia a los otros infractores de la ley y la justicia. Pudo ver muy bien que ese hombre rico había cometido una atrocidad. Cosa que no había querido reconocer en cuanto a sus propias acciones.

Pero con esta condenación, en realidad David había pronunciado sentencia sobre él mismo. “Entonces dijo Natán a David: —Tú eres ese hombre”. Ahora David tuvo que ver en ese hombre rico injusto un fiel retrato de él mismo. No había estado contento con sus propias esposas, sino que había robado la de su fiel siervo. No había respetado al hombre dedicado a su servicio, lo había

matado en un vil intento de encubrir su propio pecado.
Escuchemos cómo Natán dirigió la espada de la ley
profundamente en el corazón de David:

“Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: ‘Yo te ungué como rey de Israel y te libré de manos de Saúl, te entregué la casa de tu señor y puse en tus brazos a sus mujeres; además te di la casa de Israel y de Judá; y como si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ¿Por qué, pues, has tenido en poco la palabra de Jehová, y hecho lo malo delante de sus ojos? A Urías, el heteo, lo mataste a espada y tomaste a su esposa como mujer. Sí, a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón”.

No sólo fue una terrible injusticia que David había cometido. Lo había hecho frente a las inmensas muestras de misericordia que Dios había mostrado a David en el pasado. De modo que realmente fue un caso de menospreciar la palabra del Señor, y así al Señor mismo. Y no podía defenderse diciendo que él no había matado a Urías. Al haber planeado su muerte a manos de los amonitas, fue igual como si él mismo hubiera tomado la espada en su mano para asesinar a Urías.

De modo que, a través de Natán, el Señor pronuncia su sentencia: “‘Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste y tomaste la mujer de Urías, el heteo, para que fuera tu mujer’. Así ha dicho Jehová: ‘Yo haré que de tu misma casa se alce el mal contra ti. Tomaré a tus mujeres delante de tus ojos y las entregaré a tu prójimo, el cual se acostará con ellas a la luz del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; pero yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol’.”

¿Cómo reaccionará David? ¿Buscará eliminar al mensajero?
¿Aceptará pero con pretextos y con quejas de la severidad del castigo? La verdad es, que David ya ha pronunciado él mismo la sentencia. La ley hablada por Natán finalmente tuvo el efecto de hacer que David reconociera plenamente su pecado. Sólo respondió: “Pequé contra Jehová”. Ya ha abandonado todo intento de encubrir su culpa. De hecho, a pesar de su apariencia de normalidad, su conciencia le había atormentado aun antes de esta confrontación con Natán. En el Salmo 32 David, reflejando sobre sus experiencias, escribe: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se

agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano”.

Y ahora las palabras más benditas que podía escuchar. “También Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás”. No pone condiciones. No le exhorta que si hace esto o aquello tal vez el Señor tendrá misericordia y lo perdonará. No, sencilla e incondicionalmente le declara que su pecado ha sido perdonado. David resume su reacción a eso con estas palabras del Salmo 32: “Mi pecado te declaré y no encubrí mi iniquidad. Dije: «Confesaré mis rebeliones a Jehová», y tú perdonaste la maldad de mi pecado”. Y reflejando sobre toda esta experiencia, declara al comienzo del salmo: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad y en cuyo espíritu no hay engaño”.

Ésta es la esencia de todo el evangelio que proclamamos. A todo pecador que reconoce y francamente confiesa su pecado, se le anuncia que en Cristo, y por causa de su muerte en sacrificio por nosotros, Jehová ha quitado también sus pecados. ¡Qué bendición! ¡Qué gracia! A cada uno de nosotros también se nos asegura que “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”.

Pero tenemos un problema. A veces no nos sentimos perdonados. Cuando siguen los problemas y las consecuencias de los pecados, podemos estar tentados a dudar de la realidad del perdón que se nos anuncia. Pero debemos saber que muchas veces esas consecuencias temporales del pecado siguen. Así fue en el caso de David. “Pero, por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido, ciertamente morirá”. Y sabemos que los problemas en su propia familia que Natán había anunciado antes realmente sucedieron después. Pero todo esto no quitó la realidad del perdón y la salvación libre que Natán proclamó a David. Y la declaración de absolución a nosotros es igualmente válida y cierta, y no debemos dejar que nada nos haga dudar de ella.

Hermanos, somos sumamente benditos. Somos pecadores, es cierto, pero en su gracia, por causa de Cristo, Jehová ha quitado nuestro pecado. Bendito sea nuestro Salvador para siempre. Amén.

